

NARRADOR Y PUNTO DE VISTA EN *CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA* (COMENTARIO DE UN FRAGMENTO BREVE).

Caminó más de cien metros para darle la vuelta completa a la casa y entrar por la puerta de la cocina. Tuvo todavía bastante lucidez para no ir por la calle, que era el trayecto más largo, sino que entró por la casa contigua. Poncho Lanao, su esposa y sus cinco hijos no se habían enterado de lo que acababa de ocurrir a 20 pasos de su puerta. “Oímos la gritería –me dijo la esposa-, pero pensamos que era la fiesta del obispo.” Empezaban a desayunar cuando vieron entrar a Santiago Nasar empapado de sangre llevando en las manos el racimo de sus entrañas. Poncho Lanao me dijo: “Lo que nunca pude olvidar fue el terrible olor a mierda.” Pero Argénida Lanao, la hija mayor, contó que Santiago Nasar caminaba con la prestancia de siempre, midiendo bien los pasos, y que su rostro de sarraceno con los rizos alborotados estaba más bello que nunca. Al pasar frente a la mesa les sonrió, y siguió a través de los dormitorios hasta la salida posterior de la casa. “Nos quedamos paralizados de susto”, me dijo Argénida Lanao. Mi tía Wenefrida Márquez estaba desescamando un sábalo en el patio de su casa al otro lado del río, y lo vio descender las escalinatas del muelle antiguo buscando con paso firme el rumbo de su casa.

-¡Santiago, hijo –le gritó-, qué te pasa!

Santiago Nasar la reconoció.

-Que me mataron, niña Wene –dijo.

Tropezó en el último escalón, pero se incorporó de inmediato. “Hasta tuvo el cuidado de sacudir con la mano la tierra que le quedó en las tripas”, me dijo mi tía Wene. Después entró en su casa por la puerta trasera, que estaba abierta desde las seis, y se derrumbó de bruces en la cocina.

Crónica de una muerte anunciada (Gabriel García Márquez, 1981) es la reconstrucción de la inevitable muerte de Santiago Nasar. Desde las primeras líneas de la novela -es más, podría decirse que desde el título- sabemos que está muerto. El autor hace un alarde de técnica narrativa para mantener en vilo a sus lectores cuando conocen el desenlace desde antes de abrir el libro. Esa reconstrucción de las últimas horas de vida del protagonista será su empeño principal; en la original y compleja manera de hacerlo radica, en buena medida, el valor literario de la novela.

A modo de ejemplo de la pericia mostrada por García Márquez, el fragmento anterior -que se corresponde con el final del relato- nos permite constatar su acierto al decidir quién sería el intermediario entre la historia y nosotros, sus lectores, es decir quién nos la contaría, quién la iba a convertir en un seductor discurso narrativo. En todo el libro la voz que con más insistencia se escucha es la del que podríamos tildar de **narrador cronista**. En relación con el género (el término *crónica* que se usa en el título es, en ese sentido, ambiguo) al que aquel pertenece, Márquez se decide por un individuo (no son relevantes por el momento sus coincidencias con él mismo) que investiga una serie de sucesos acaecidos años ha y de los que tiene una información previa elemental, dado que conocía personalmente a los implicados. Para llegar al fondo de lo ocurrido, acude a diversas fuentes y, entre ellas, ocupan un lugar predominante los convecinos de Santiago que mantienen más o menos nítido en su memoria el recuerdo de lo que había pasado. En el texto

que estamos comentando se puede ver perfectamente cómo todo ello se formaliza con gran eficacia narrativa:

- a) El **narrador principal** (el cronista) se nos muestra aparentemente como un **narrador en 3ª persona** (“Caminó más de cien metros...” (l. 1), “Tropezó en el último escalón...” (l. 18)) que parece en ocasiones **omnisciente**, ya que comenta y aporta información que no está al alcance de los otros personajes (“Tuvo todavía bastante lucidez...” (l. 2), “...se derrumbó de bruces en la cocina” (ls. 20-21), pero cuya omnisciencia sabemos, después de leer la novela, no es tal, ya que su relato presenta ciertas lagunas. En cualquier caso, lo más interesante es notar cómo, asumiendo plenamente el rol de investigador, decide introducir de manera fragmentaria los **testimonios de muchas de las personas que entrevista en el curso de su investigación**. Esto no significa que ceda su posición privilegiada de gestor, por decirlo de algún modo, de la historia. De hecho, se hace visible de forma inequívoca en **primera persona** a través de las acotaciones (“me dijo la esposa” (ls. 4-5), “me dijo” (l. 7), “me dijo Argénida...” (l. 11)...) que van señalando quién pronuncia las palabras que **transcribe en estilo directo** o que **reformula en estilo indirecto** (Poncho Lanao y su esposa, la hija de ambos, Argénida, en el primer caso; la misma Argénida Lanao o Wenefrida Márquez -tía del narrador (“mi tía” (l. 12))- , en el segundo).¹ Es interesante observar la transformación estilística a que somete las palabras de sus testigos cuando las traduce con su propia voz (“...empapado de sangre llevando en las manos el racimo de sus entrañas.” (l. 6), “su rostro de sarraceno con los rizos alborotados estaba más bello que nunca” (ls. 9-10)): esta no es una crónica periodística convencional, sino literatura en el sentido pleno del término.
- b) La inserción en estilo directo de comentarios o recuerdos de quienes son entrevistados para completar la crónica da esa sensación de **relato polifónico** y **multiplica la perspectiva desde la que el narrador observa y decide mostrarnos lo ocurrido**. Se asegura así la verosimilitud del relato trasladando la idea de que la versión de los hechos que más se puede ajustar a lo que realmente ocurrió proviene de un contraste exhaustivo de todas las fuentes accesibles sobre el caso. La responsabilidad de tamaña tarea recae sobre un narrador poliédrico, similar en su complejidad a los de tantas grandes novelas contemporáneas.

Santiago Nasar no habría adquirido la talla de héroe trágico que suele adjudicársele si la crónica de su muerte se hubiese hecho de modo distinto. La dignidad con que asume ese final incomprensible para él se magnifica gracias a esa imagen de bello ídolo destrozado que, cargando el peso de sus vísceras, regresa por última vez a casa ante la mirada sorprendida de sus vecinos.

¹ Es importante insistir en que esto no lo convierte en un **narrador testigo** (como, de otra parte, sí actúa en otros momentos), ya que no presenta testimonio de lo que vio, sino que se limita a divulgar el de otros.